

Ni ¿á qué más?—¿Por ventura, al dedicarte  
 estas desaliñadas Poesías,  
 faltas de inspiración, mofa del arte,  
 cosecha ingrata de los tristes días  
 que viví sin amarte,  
 fuera noble que gárrulas excusas  
 te diese, como suelen los conversos,  
 sobre la varía multitud de Musas  
 que verás invocadas en mis versos?

¡No! ¡Ni fuera cortés (y lo pasado  
 merece cuando menos cortesía)  
 renegar á la postre de ese coro,  
 ayer tan celebrado,  
 que vaga entre una y otra poesía,  
 ni tu propio decoro  
 semejante hecatombe aceptaría!

¡Baste decir que para ti he reunido  
 éstas que llamaré *marchitas flores*,  
*dispersas por el viento del olvido*,  
 y que en todas cantara tus amores...,  
 si primero te hubiera conocido!

MADRID, 1870.



## POESÍAS SERIAS



## EL SUSPIRO DEL MORO <sup>1</sup>

---

Y el Santo de Israel abrió su mano,  
y los dejó, y cayó en despeñadero  
el carro y el caballo y caballero.

(HERRERA.)

No la grandeza del empeño santo,  
no la hazaña inmortal, no la memoria  
de la egregia ISABEL: el duelo canto  
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,  
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto  
vertió á la postre de su infanda historia:  
¡llanto sin fin que los anales cierra  
de siete siglos de implacable guerra!

Madre afligida del Amor cristiano:  
sé Tú la Musa que piedad me inspire

<sup>1</sup> Este Canto obtuvo la *Medalla de oro*, primer premio del Certamen celebrado por el Liceo de Granada en 1867; y, como entonces acabara de nacer mi primogénita, Paulina, no solamente le dediqué el Canto, sino que le cedí el premio, y también una hermosa corona de plata que me regaló el auditorio el día de la lectura pública.

para que, enfrente del procaz pagano,  
ni los de Dios ni tus agravios mire.  
Está vencido, llora, y es mi hermano...  
¡Haz que á su vez mi cítara suspire  
cuando él dirija la postrer mirada  
de eterno adiós á la gentil Granada!

Y tú que, errante, la infinita arena  
de los desiertos cruzas, los tesoros  
sin olvidar de esta región amena,  
¡triste progenie de los reyes moros!,  
deja que tu apenada cantilena  
salve del mar los ámbitos sonoros  
y preste al canto que mi voz te envía  
su dulce son y vaga melodía...

Principiaba una fúlgida mañana,  
de esas que alegran el adusto invierno,  
cual bellas hijas que en edad temprana  
la hiel endulzan del dolor paterno:  
del monte excelso la cabeza cana  
reflejaba del sol el rayo eterno,  
y en la atmósfera azul, diáfana y pura  
destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente Sierra  
mil arroyuelos nítidos corrían,  
buscando el llano, en cuya arada tierra  
su caudal fecundante repartían:  
tranquilos ya, tras la finada guerra,  
los labradores á su afán volvían,

y en medio de los densos olivares  
humeaban los rústicos hogares.

También las aves á sus dulces nidos  
y á la paz que perdieron retornaban;  
los rebaños, ayer despavoridos,  
otra vez por las cumbres asomaban;  
y cantos, y rumores, y balidos  
el aire placidísimo poblaban,  
cual si el pasado sanguinoso empeño  
hubiera sido imaginario sueño.

Esa mañana refulgente y grata,  
mientras el sol del aterido Enero  
rizados hilos de escarchada plata  
trocaba en perlas con su ardor primero,  
de Moros numerosa cabalgata,  
que el blanco lino y el bruñido acero  
igualaban á un bando de palomas,  
subía del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso,  
de noche á Santa Fe dejado había,  
y cruzado la vega silencioso  
antes que el alba despertase al día;  
pero, al salvar el punto montuoso  
á que llegaban cuando el sol salía,  
los Moros sus corceles refrenaron,  
y atrás la vista con afán tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva  
un joven de extremada gentileza,  
cuyo boato y majestad esquivaba

señales daban de imperial grandeza.  
Su noble palidez y frente altiva,  
los negros ojos de oriental belleza,  
su cándido albornoz y barba oscura  
completaban tan clásica figura.

Siempre á su lado, como fiel esposa,  
fijos en él los hechiceros ojos,  
cabalgaba una joven tan hermosa,  
que al lucero del alba diera enojos.  
Mas de su rostro angelical la rosa  
y de sus labios los claveles rojos  
trocado había pertinaz la pena  
en lirio mustio y pálida azucena.

Tras ella, blanco cual nevado armiño;  
enhiesto, aunque raquítrico y doliente;  
único bien del paternal cariño;  
temible ya, como león naciente,  
sobre negro corcel marchaba un niño,  
no llegado á la edad adolescente;  
pero que ya maldijo su hado insano,  
cautivo y solo en el Real cristiano.

Torvo el aspecto de la faz sombría,  
parda la tez y la cabeza cana,  
junto al niño impertérrita venía  
una lujosa, gigantesca anciana:  
su viril ademán y la energía  
de su mirada fiera y soberana  
descubrían en ella á la matrona  
digna del cetro y la imperial corona.

Y, en fin, no lejos, en tropel brillante,  
sólo por miramiento rezagados,  
iban, con muerte y rabia en el semblante,  
palaciegos, visires y criados.  
Del sin ventura que subió delante  
lamentaban empero los cuidados,  
cual si humilde callara ante la ajena,  
por temor ó lealtad, la propia pena.

Desde el lugar en que parado habían,  
á la vez abarcaba la mirada  
los rudos montes en que entrar debían  
y la extendida vega matizada.  
¡Un paso más..., y nunca ya verían  
el mágico horizonte de Granada!  
¡Un paso más..., y de su vista ansiosa  
desparecía la ciudad hermosa!

El Moro aquel altivo y prepotente  
se apartó de familia y servidumbre,  
y silencioso, tétrico, doliente,  
quedó como clavado en la alta cumbre.  
La contracción horrible de su frente  
retratava su negra pesadumbre;  
pero, en cárcel de orgullo preso el llanto,  
negaba alivio á su mortal quebranto.

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos  
dejar grabados y por siempre vivos  
de aquel paisaje los matices bellos;  
mudo, inmóvil, alzado en los estribos,  
el infeliz, del sol á los destellos,  
vió pasar los instantes fugitivos,

sin poder separar la vista un punto  
de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba á morir? ¿Por qué tal duelo?  
¿Por qué á su alrededor no resonaba  
ni una voz de esperanza ó de consuelo?  
¿Por qué en esposa con rubor echaba  
sobre la casta faz el blanco velo?  
¿Quién era el triste que tan solo estaba?  
¿Qué maldición cayó sobre aquel hombre?  
¿Cuál era su infortunio? ¿Cuál su nombre?

¡Era Boabdil!... ¡Boabdil, el fruto airado  
de Muley desdefioso y de Aixa fiera;  
el hijo por la madre aleccionado  
contra su padre y rey á alzar bandera;  
el ambicioso audaz y desalmado,  
ladrón del solio á cuyo pie naciera,  
que, al eco santo del paterno grito,  
fué por su raza y por su Dios maldito!

¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella  
costó á sus padres sempiterno lloro,  
rompió el encanto de la Alhambra bella  
y el fin atrajo del Imperio moro!...  
¡Miseró rey, tras cuya infausta huella  
se hundió la tierra siempre, y llanto y oro  
y sangre y honras devoró el abismo,  
hasta que al cabo sumergiósse él mismo!

¡Era Boabdil, que con indigna mano  
dado las llaves de la Alhambra había  
y su trono y su pueblo al Rey cristiano!...

¡Era Boabdil, que desde allí veía  
plantar sobre la Vela al castellano  
La odiada Cruz del Hijo de María!  
¡Era Boabdil, que la postrer mirada  
dirigía por siempre á su Granada!

¡Granada, la ciudad cuyas ruínas,  
festoneadas de perpetuas rosas,  
aun alegran las aguas cristalinas  
que en sus cármenes entran bulliciosas!  
¡La Ciudad que las fieles golondrinas,  
como en tiempo mejor, buscan ansiosas,  
pidiendo á los palacios derruídos  
sombra y quietud para sus caros nidos!

Era, sí, esta Ciudad, que despoblada  
hoy parece tal vez al que la mira  
de hierba y rotos mármoles sembrada,  
como Paesthum, Itálica ó Palmira:  
La Ciudad que, entre flores sepultada,  
pasma y asombro al universo inspira,  
mientras sus muros de labrada piedra  
disputa el tiempo á la viciosa hiedra.

¡Era Granada..., rica y esplendente,  
tal como fué... cuando Granada era!  
Llamábanla *Damasco de Occidente*,  
de la grey de Ismael *Roma* altanera,  
de sus sabios *Atenas* floreciente,  
de las artes lujosa primavera,  
hija del Cielo, patria de las flores,  
jardín de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida  
 en los cárdenos montes del Oriente,  
 de un alquicel blanquísimo vestida,  
 y de bermejas torres la alta frente,  
 cual de corona señorial, ceñida...  
 ¡Allá quedaba lánguida, indolente,  
 adúltera sultana, infiel esposa,  
 mostrando al vencedor su risa hermosa!...

Y allá quedaban los amantes ríos  
 que plata y oro le tributan fieles;  
 el Dauro con sus cármes umbríos,  
 y el Genil con sus cálidos vergeles;  
 del Albaicín los blancos caseríos,  
 la Antequeruela oculta entre laureles,  
 de la Alcazaba el recio baluarte,  
 y la Alhambra gentil, ¡sueño del arte!

¡La Alhambra! ¡Regio edén, huerto florido,  
 mágico alcázar, que su planta moja  
 del hondo Dauro en el raudal temido,  
 y cuyas torres de argamasa roja,  
 de las copas del bosque entretejido  
 salir se ven entre la verde hoja  
 y luego alzarse á la región del viento,  
 como ideal, aéreo monumento!...

¡Con vergüenza y amor y envidia y pena  
 Boabdil de aquel edén se despedía,  
 donde su infancia transcurrió serena  
 y entró aclamado, victorioso un día!  
 Entonces ¡ay! desde su fuerte almena  
 reinaba en la mitad de Andalucía...

Ya... sólo le ofrecía el hado cierto  
 un caballo... y la arena del desierto!

Luego miró la anchísima llanura...;  
 tapiz que bordan con vistosas tintas,  
 ora las huertas de eternal verdura,  
 ora las blancas y graciosas quintas,  
 ya de extenso olivar la mancha oscura,  
 ya de las aguas las fulgentes cintas,  
 aquí las torres de apiñada aldea,  
 allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos  
 de tierra y cielo todos los favores...;  
 —nieves perpetuas, árboles floridos,  
 verdes campiñas, nubes de colores,  
 un aire que arrobaba los sentidos,  
 un firmamento azul y un sol de amores!...—  
 ¡Cuadro cuya magnífica hermosura  
 de Boabdil puso el colmo á la amargura!

Campo y Ciudad, cuanto á sus pies veía,  
 fué suyo, fué su vida, fué su encanto...  
 ¡Y nunca más á verlo tornaría!...  
 ¡Nunca más!—Al pensarlo, creció tanto  
 su dolor, y fué tanta su agonía,  
 que de sus ojos desbordóse el llanto,  
 y, con acento fúnebre y rugiente,  
 lanzó un suspiro que aterró á su gente...

¡Suspiro amargo, lúgubre, espantoso,  
 que aún en Granada sin cesar resuena,  
 turbando de los siglos el reposo

y de la muerte la región serena!  
 ¡Y repítelo el viento caluroso  
 que raudo agita la africana arena!...  
 ¡Y sonará implacable, tremebundo,  
 mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entretanto, la sublime altura  
 de *Mulhacen* miraba con recelo...  
 —¡Allí..., al amparo de la nieve pura,  
 en la sagrada vecindad del cielo,  
 yacía en misteriosa sepultura  
 Muley, su esposo, presenciando el duelo  
 de la airada consorte y del mal hijo  
 á quienes fiero al expirar maldijo!...

Pero, al ver la Sultana el triste llanto  
 del Rey, que entre suspiros repetía:  
 «¡*Allak-Akbar!*...», tan íntimo quebranto,  
 lejos de conmover su faz sombría,  
 inflamóla de un fuego que dió espanto,  
 y, mujer insensible, madre impía,  
 cuanto patricia indómita y severa,  
 dijo el débil Boabdil de esta manera:

«¡*Llora como mujer, desventurado,  
 la pérdida del reino que has debido  
 cual hombre defender!... ¡Llora, menguado!*»  
 Y, con desdén más fiero que el olvido  
 (¡tal vez con hondo amor desesperado!),  
 apartóse del príncipe afligido,  
 y, mirando colérica á Granada,  
 huyó vencida, pero no domada.

Como reo de muerte que á la vida  
 y al sol y al cielo como afán profundo  
 dirige la suprema despedida...,  
 así Boabdil, lanzado de aquel mundo  
 en que dejaba su ilusión querida,  
 «¡*Adiós!*...», dijo con aye moribundo,  
 é, inclinando la frente sobre el pecho,  
 huyó también, en lágrimas deshecho...

Y, tras él, en confuso torbellino,  
 partieron todos; y del sol la lumbre  
 vió, de polvo entre denso remolino,  
 desbocada correr de cumbre en cumbre,  
 huyendo de su lóbrego destino,  
 á aquella fastuosa muchedumbre,  
 á quien la desventura daba en arras  
 un rincón en las agrias Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,  
 mirábase, á lo lejos, de la Sierra  
 á un jinete salvar la última loma...  
 Era el fantasma horrible de la guerra...  
 Era el poder inicuo de Mahoma  
 que abandonaba la española tierra...—  
 ¡Era Boabdil, herido por el rayo  
 Que allá en Asturias fulminó Pelayo!

Otro día..., del mar sobre la espuma,  
 sola cruzó desde Adra hasta Melilla  
 rápida nave cual ligera pluma.  
 Ganada, al cabo, la africana orilla,

vióse á mísero Moro entre la bruma,  
doblar, al pisar tierra, la rodilla...—  
¡Era Boabdil, á quien su negro sino  
negó una tumba en suelo granadino!

---

Un día, en fin, que el déspota africano  
luchaba por salvar su poderío  
contra los dos Jarifes, un anciano  
lidió por él con temerario brío,  
hasta que, herido y sin aliento humano,  
se hundió en las olas de opulento río...—  
¡Era Boabdil, á quien su suerte dura  
le negaba en la tierra sepultural

---

## AL OCÉANO ATLÁNTICO

---

ODA

¡Tú eres el mar sin término ni calma  
que en sus delirios concibió la mente!  
¡Tú eres el viejo Atleta poderoso,  
á cuya voz rugiente  
tiemblan los hemisferios!  
¡Tú eres el mar incógnito y profundo  
que dilata sus líquidos imperios  
de Norte á Sur, de un mundo al otro mundo!  
Tú eres el mar de inmensa lontananza,  
patria sin fin del pensamiento solo;  
guardador de la América fragante  
y de los blancos tímpanos del Polo.  
Tú, encadenado, intrépido gigante,  
sacudes en tu cárcel con fiereza  
de la tierra los ejes de diamante,  
y ardiendo escupes tu rabiosa baba  
en las rocas inmóviles y solas  
que la que ayer gimió tu humilde esclava  
opone al tumbo de tus recias olas...  
—Ó, rendido del áspero combate,  
en la arenosa playa te reclinas,



y con desdén y majestad te duermes  
del mundo que asolaste en las rúinas.

Yo contemplé aquel lago de esmeraldas,  
aquel mar perezoso y cristalino  
que del Veleta las azules faldas  
plácido copia en éxtasis contino:  
el mar de la Alpujarra y de Almería,  
cuya extensión enamorados cruzan  
suspiros de Granada y Berbería:  
el mar, que al pie del rústico Apenino  
sus mansas olas tienden lisonjeras,  
donde se miran, de placer ufanas,  
blancas ciudades, fértiles riberas,  
ninfas de Etruria, náyades romanas:  
el mar donde Parthénope reposa,  
y se bañan las Islas de la Grecia,  
cual bandada de cisnes adormidos,  
donde surge fantástica Venecia  
de en medio sus canales y lagunas,  
y álzase, en fin, la Reina del Oriente,  
coronada la sien de Medias lunas...

Mas ¡ay! aquel espejo transparente  
de recuerdos de amor y de poesía;  
estanque aprisionado, que el tridente  
de Sidón y Cartago prepotente  
puerto de sus galeras hizo un día;  
del imperio latino en la porfía  
charco de sangre, que bastaba apenas  
á soportar las naves  
de oro y cautivos y soldados llenas;  
aquel golfo, palenque de la historia,

estrecho circo de la humana gloria,  
cerrado panteón, fosa colmada,  
no mitigó del alma arrebatada  
la devorante sed... ¡No era el grandioso  
mar inconmensurable  
que prometía, con lejanos gritos,  
al afán del espíritu insaciable,  
páramos infinitos!...—  
Opreso el corazón, yo lo veía;  
y ver más anhelaba;  
y agotarlo temía...—  
¡Del África feroz la costa brava  
imaginaba allá mi fantasía,  
y ¡ay! en la costa aquella  
si no la vista, la ilusión se estrella!

¡Aquí no! Melancólico y desierto,  
al horizonte llega tu oleaje,  
que sin recuerdos y sin nombre lanza  
su ronco aliento ó su clamor salvaje.  
Del Austro al Bóreas tu poder alcanza  
y desde Ocaso á Oriente:  
¡en ti se mira el sol desde que ardiente  
de tu puro zafir trémulo nace,  
hasta que mustio, tras el lento día,  
vuelve á tus brazos y en tu seno yace!

¡Oh, sí! tú eres el mar..., ¡tú solamente!—  
Tú eres aquel Titán, pavor del Griego,  
que el globo trastornara en una hora  
cuando, selvas y cúspides talando,  
cruzó los valles con arrojado ciego  
de Calpe la corriente mugidora.

Tú eres la inundación y tú el diluvio;  
 tú el corazón del Orbe...  
 Torrentes van á ti de cielo y tierra,  
 y cielo y tierra tu ambición absorbe.  
 Son tus arterias los cansados ríos,  
 tu vida el huracán, tu voz el trueno,  
 y la luna tu amor...—Tus fieros bríos  
 calmas con verla, y al dormir sereno  
 de la alta noche en la quietud tranquila,  
 palpitante por ella el ancho seno,  
 aún, como tigre que durmiendo acecha,  
 revuelves en la sombra la pupila...  
 Mas si ausente la lloras, ó, de nubes  
 su faz velando, te la roba el cielo...  
 ¡al cielo en busca de tu amada subes,  
 gritos lanzando de furor y duelo!  
 Tiembla espantado el suelo;  
 rebrama el viento y resplandece el rayo  
 en la noche sin fin; de tu hondo seno,  
 hinchado de sollozos, se levanta  
 ebria y sañuda la pujante ola,  
 asordando el estrépito del trueno,  
 hasta que al fin... en los espacios, sola,  
 reaparece la luna,  
 y vuelves á dormir dulce y sereno  
 como apacible, diáfana laguna.  
 —¡Ay de la nave en tanto!  
 ¡Ay del orgullo y de la altiva ciencia  
 del mísero mortal!... ¡Como eco vano,  
 se perderá en tu atroz omnipotencia  
 todo el arrojado del poder humano!

¡ Infinito Oceano ! ¡ Aniquilada  
 cae mi lira en tu arena, y temblorosa  
 tu inmensidad magnífica saluda!  
 ¡Cuánto soñó mi alma la hora hermosa  
 de contemplarte así, con pompa muda,  
 adormido león, cansado atleta,  
 grande cual nunca en su imperial reposo,  
 estrechar con tus brazos de coloso  
 la redondez ingente del planeta!

Hora es la tarde... Soñoliento y triste  
 recuesta el sol en tu apacible seno  
 la enrojecida frente fatigada...  
 ¡Cuán amante y sereno  
 bebes ¡oh mar! su lumbre regalada,  
 y en tus plácidas olas reverberas  
 del Poniente las luces postrimeras!  
 ¡Ay! Tu agosto desierto sin medida  
 infunde al alma insólita dulzura,  
 y vuelve al corazón la fe perdida...  
 ¡De Dios..., del sumo Dios eres hechura l...,  
 y el espíritu audaz que me da vida,  
 inmenso como tú, cual tú sin calma,  
 ve á ese Dios en tu líquida llanura...;  
 que eres tú, melancólico elemento,  
 vívida imagen material del alma!

## A FRAY LUIS DE LEÓN

AL INAUGURARSE SU ESTATUA EN SALAMANCA

---

«*Gloria!*» las arpas, los salterios «*gloria!*»  
resuenen por doquier... ¡Ved al poeta  
surgir triunfante, coronado atleta,  
del seno de la noche mortuoria!  
¡Él es!—Cual sueño fúnebre han corrido  
trescientos años de pasada historia...  
La tumba en pedestal se ha convertido,  
y el pedestal en cátedra...—¡Silencio!  
¡LEÓN, libre otra vez, como algún día,  
desde el alzado puesto  
mira al concurso con afable calma...;  
la multitud lo aclama como entonces...  
y, con acento que percibe el alma,  
«*Declamos ayer...*» prorrumpe el bronce!

---

¡Él es, que torna á la vital arena,  
no ya del fondo de prisión impía,  
mas de los reinos de la muerte oscura,  
rota mostrando al mundo su cadena,  
íntegra y salva su doctrina pura!  
¡Él es!..., el docto, el inspirado, el tierno,  
seráfico agustino...  
el poeta divino

que, en coloquios de amor con el Eterno,  
cantó la ansiada libertad del alma  
y de caducos bienes el olvido,  
cual rui señor que en la solemne calma  
de la NOCHE SERENA,  
de amor enloquecido,  
entona apasionada cantilena,  
única voz del mundo adormecido.

---

Jubilosa Natura  
ya reconoce á su cantor amado...;  
á aquel que, blandamente recostado  
cabe la linfa de *fontana pura*,  
las horas descuidado  
pasaba, *ni envidioso ni envidiado*.  
Y ufano el sol, extática la luna,  
las flores de placer ruborizadas,  
trémulo el bosque, y locas de alegría  
las aves en sus copas anidadas,  
saludan á porfía  
la noble Efigie del ilustre vate,  
cuando en el alto pedestal descuella,  
del tiempo á resistir el fiero embate,  
como la roca en que la mar se estrella.

---

Gozoso en tanto el pueblo salmantino,  
con aplausos y vítores aclama  
el triunfo nuevo y la perpetua fama  
del cristiano David, segundo Aquino.  
Y el raudal cristalino  
del viejo Tormes, que los patrios lares  
besó de tanto ingenio peregrino,  
«*Loor al Maestro que cantó á mi orilla!*»,

murmura al alejarse hacia los mares;  
 «¡Llor á Fray Luis!», resuena por Castilla...;  
 «¡Victor!», responden de la mar las olas,  
 al recibir el Tormes con el Duero,  
 y «¡Victor!», claman en el mundo entero  
 cuantas naciones fueron españolas.

¡Noble ciudad, Atenas castellana,  
 Salamanca inmortal, aula del mundo!  
 Oye también mis plácemes, y acoge  
 en tan dichoso, memorable día  
 (sin ver la ruda mano que las coge),  
 las flores que á LEÓN Granada envía.

Hijas son de sus cármes frondosos,  
 y de mi amor y mi entusiasmo prenda;  
 y entre ellas van como mejor ofrenda,  
 ó bien como rocío  
 en sus trémulos cálices guardado,  
 al par que el llanto mío,  
 las lágrimas de amor y de contento  
 del pueblo que debióle tanta gloria <sup>1</sup>,  
 y donde tiene su inmortal memoria  
 en cada corazón un monumento!

GRANADA, 1868.

<sup>1</sup> Hasta hace pocos años se ha estado en la creencia de que *Fray Luis de León* era hijo de Granada.

## EN EL MULADAR

---

Mendigo: tu blasfemia me estremece...  
 ¡Deja que olvide á Dios el venturoso;  
 pero tu labio hambriento y asqueroso  
 con renovada fe bendiga y rece!

Todo, menos su Dios, le pertenece  
 al opulento sano y poderoso;  
 y el pobre, miserable y haraposo,  
 de todo excepto, de su Dios, carece.

Dios es al cabo el único enemigo  
 del vano, del audaz, del sibarita,  
 y la sola esperanza, el solo amigo

de quien llora, padece y necesita...—  
 ¡Sin Dios, el universo se anonada!  
 ¡Sin Dios, el rico es Dios, y el pobre nada!

1855.

---

## LA CAZA DEL SAURIO

---

(A MARÍA BUSCHENTHAL) <sup>1</sup>

Del agrio risco solitaria dueña,  
la diestra armada del arpón luciente,  
ved á la hermosa indiana adolescente  
tendida al borde de tajada breña.

La verdosa cerviz no bien enseña  
cauteloso lagarto, diligente  
le asesta el golpe, y, trémula, lo siente  
forcejear, clavado ya en la peña.

Del monstruo herido, que tenaz porfía,  
tiembla entonces la páfida agresora,  
y bárbara acelera su agonía...

Remátalo por fin, pero en mal hora;  
que, al ver el cuadro de su hazaña impía,  
tiembla de nuevo, se arrepiente... y llora.

---

<sup>1</sup> Esta ilustre señora, y queridísima amiga mía, fué, allá en su tierra natal del Brasil, la cazadora de que se habla en el presente soneto, que improvisé á su presencia, en 1858, la noche que le oí contar el caso en su siempre famosa tertulia de Madrid.

## LAS PALMERAS

---

Gentil palmera lánguida crecía  
entre los muros de cercado huerto,  
y, amortajada en su ramaje yerto,  
cual alma sin amor desfallecía.

Luchó empero tenaz..., hasta que un día  
consiguió descubrir el campo abierto,  
y vió marchita, en medio del desierto,  
otra palmera, que de sed moría.

Convalecer les hizo una mirada,  
y el aura fué galante mensajera  
del dulce amor que para siempre uniólas.

—Aprende el caso, niña desamada;  
guarda el tesoro de tu fe, y espera;  
que almas como la tuya no están solas.

---

## LA MOÑA

---

(A LA MARQUESA DEL SALAR)

¡Cuán airosa y ufana en la corrida  
irá la noble fiera, engalanada  
con tan bella divisa, regalada  
por tan ilustre dama y tan garrida!

Cárdena sangre de la oculta herida  
matizará la seda recamada,  
y aun el toro, al mirarla disputada,  
más sentirá el perderla que la vida.

¡Ay, si al coger la codiciada prenda,  
tu corazón ganara y tu albedrío  
el esforzado justador!... —¡Oh gloria!

¡Todos fueran al par á la contienda!...  
¡Y yo, ante todos, redoblando el brío,  
diera la vida allí por la victoria!

GRANADA, 1864.

---

## PROMESA DE UNA SANTA

---

Estoy, Señor, de mí tan desprendida,  
y de toda afición tan apartada,  
que, por el don que os intereso, nada  
sacrificar pudiera agradecida.

Voto os hiciera de dejar la vida,  
si ya no fuese vuestra, y tan cuitada,  
que, al perderla, creyérame premiada  
con no vivir y verme á Vos unida.

Mas, pues no hay meritorio sacrificio  
en quien vive sin dichas, yo os ofrezco,  
si volvéis la salud al moribundo,

ceñirme la existencia cual cilicio,  
codiciar una vida que aborrezco,  
¡abrazarme á la cruz de aqueste mundo!

---

## EL AMANECER

---

(CRESCENDO)

Blando céfiro mueve sus alas  
empapadas de fresco rocío...  
De la noche el alcázar sombrío  
dulce alondra se atreve á turbar...  
Las estrellas, cual sueños, se borran...  
Sólo brilla magnífica una...  
¡Es el astro del alba!—La luna  
ya descende, durmiéndose, al mar.

---

Amanece: en la raya del cielo  
luce trémula cinta de plata,  
que, trocada en fulgente escarlata,  
esclarece la bóveda azul:  
y montañas, y selvas, y ríos,  
y del campo la mágica alfombra,  
roto el negro capuz de la sombra,  
muestran nieblas de cándido tül.

---

¡Es de día! Los pájaros todos  
lo saludan con arpa sonora,  
y arboledas y cúspides dora  
el intenso, lejano arrebol.  
El Oriente se incendia en colores...;  
los colores en vívida lumbre...;  
¡y por cima del áspera cumbre  
sale el disco inflamado del sol!

---

## EN EL HUERTO

---

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)

Por cerezas garrafales  
íbamos juntos al huerto.

Con sus brazos de alabastro  
escalaba los cerezos,  
y montábase en las ramas,  
que se doblaban al peso.

Yo subía detrás de *ella*,  
y mis ojos indiscretos  
su blanca pierna seguían,  
y *ella*, cantando y riendo,  
les decía con sus ojos  
á los míos:—*¡Estaos quietos!*

Luego hacia mí se inclinaba,  
de los dientes ya trayendo  
suspendida una cereza;  
y entre sus labios bermejos  
trémula me la ofrecía;  
y yo mi boca de fuego  
sobre su boca posaba;  
y *ella*, siempre sonriendo,  
me dejaba la cereza  
y se llevaba mi beso.

---

## ARCAS Y PALEMÓN

### — IDILIO

*(Traducción de Andrés Chemier.)*

### PALEMÓN

Detrás de Damalis andas,  
sin mirar que su cabeza  
al blando yugo de Venus,  
amigo, aún no está dispuesta.

Damalis es una niña...;  
de tus abrazos reniega,  
y sus inocentes ojos  
nada en los tuyos penetran.—

Tu becerra la más joven  
no busca por las praderas,  
ni á la orilla de las aguas,  
sino la sombra más fresca...

Y con sus tiernos hermanos  
juega durante la siesta,  
de los mugientes esposos  
sin escuchar las querellas.—

La vid ácida y temprana,  
la fruta verde y acerba,  
de tu paladar gastado  
pican la avidez extrema...

### ARCAS Y PALEMÓN

55

¡Anda!... El Otoño harto pronto  
seguirá á la Primavera,  
y te ofrecerá maduro  
su más regalado néctar.—

¡Ah! Tú la verás entonces  
lasciva, plácida, tierna,  
tender á los dulces besos  
la enamorada cabeza...—

¡Aguarda! Aún la espiga joven  
su orla dorada no ostenta...;  
del dulce moral la sangre  
aún no mana... Amigo, espera...

La flor todavía no ha roto  
su salvaje vestimenta;  
el pajarillo no tiene  
aún su plumaje de seda...

¡Quien anticipa el momento,  
tal vez llegar no le deja!

### ARCAS

¡El que lo deja escapar,  
quizás ya nunca lo encuentra!

No hay flores en todas partes...  
ni ya habrá más flores nuevas;  
que del Abril, el Otoño  
ha cumplido las promesas.—

El fruto está ya maduro,  
y en su áspera piel encierra  
del jugo un poco temprano  
la dulce y grata crudeza.

Las alas del pajarillo  
de pluma á cubrirse empiezan.



y el verde follaje brota  
de las impacientes yemas.

Las rosas y mi Damalis,  
en sus broches prisioneras,  
rompieron un mismo día  
el misterio de sus celdas;

y, encontrándola confusa  
por el miedo y la vergüenza,  
su madre se ha sonreído  
y ha calmado su inocencia.

Himeneo ha reparado  
que el seno de la doncella  
podrá pronto de un amante  
llenar la mano indiscreta...

Sobre el membrillo aromoso  
dibuja la Primavera  
un vello suave, intacto...,  
y la granada, entreabierta,  
en el fondo de sus cárceles  
preciosos rubíes muestra.

ISLA LE CROISSY, 1860.

## UNA NIÑA MENOS

Á la vuelta de las viñas,  
de las viñas de mi pueblo,  
Dolores se quedó atrás,  
sola con sus pensamientos.

Delante mis cinco hermanas  
iban cantando y riendo,  
y yo me acerqué á Dolores  
y la contemplé en silencio.

No era ya la alegre niña  
que, rendida de sus juegos,  
durmiéndose entre mis brazos,  
me despidió con un beso....

Triste y muda la encontraba;  
bajaba sus ojos negros,  
y respeto me infundía  
su voluptuoso cuerpo.

Juntos por los olivares  
fuimos así mucho tiempo:  
la soledad nos cercaba,  
y la tarde iba cayendo,

—«Dolores (le dije entonces),  
¿cuántos años tienes?»—«Tengo  
(me respondió avergonzada)  
diez y seis años y medio.»

Y volvimos á callar,  
y salió el primer lucero,  
y el canto de mis hermanas  
sonaba lejos, muy lejos.

Me despedí de Dolores  
al acercarse el invierno...;—  
esta vez..., ¡oh pobre niña,  
con lágrimas, no con besos.—

Pasados algunos años,  
desperté de otros ensueños....—  
Volví, y la encontré casada....—  
Hoy me aseguran que ha muerto.—

Recuerdo cuando me dijo:  
—«Tú ME MIRASTE el primero,  
y desde aquella MIRADA  
existió una niña menos.»

1864

## DOCUMENTACIÓN DE UN AMOR

I

## SINFONÍA

Tiene los ojos negros,  
ojos de luto...  
¡Mi corazón lo lleva  
desde que es suyo!

II

## Á UN ECO

Eco de estas montañas, que sonoro  
mis suspiros repites á los cielos:  
si entre las quejas de mi amargo lloro  
decir me oyeres: «Flérida, te adoro...»,  
¡calla, por Dios, ó moriré de celos!

## III

## SUPER NIVEM

Celoso de su blancura,  
é imaginando eclipsarla,  
cayó ese copo de nieve  
en el hueco de tu palma...

Pero conoció ya tarde  
que tu mano era más blanca,  
y, de vergüenza ó de envidia,  
expiró deshecho en lágrimas.

## IV

## BALADA

De rodillas en la tumba,  
en la tumba de mi padre,  
amor eterno  
hoy me juraste...

Si al juramento un día  
faltas, cobarde,  
—te lo ruego, amor mío,—  
¡no pases por la tumba de mi padre!

## V

## LA VÍSPERA

*«Hasta mañana.»—«Júralo.»—«Lo juro.»—*  
¡Tal fué tu juramento!—*«Hasta mañana»,*  
repetí yo temblando, hermosa mía.

Y, con la vista en el Oriente oscuro,  
la noche lenta paso en mi ventana,  
esperando la luz del nuevo día.

## VI

## AYER TARDE

Los álamos de aquel parque  
perderán todas sus hojas,  
y huirán á lejanas tierras  
las aves que en ellos moran...

La escarcha secará el prado  
que te vió conmigo á solas,  
y un «adiós» dará el Otoño  
á sus flores melancólicas...

La llama del sol amigo  
que iluminó aquellas horas,  
mañana verá el invierno  
trocada en fúnebre antorcha...

Se borrarán en la arena  
tus breves huellas, ¡oh diosa!,  
que yo seguí hasta encontrarte  
del bosque en la oscura fronda...

Y la blanca nieve intacta  
cubrirá la dura roca  
en que amantes nos sentamos  
á esperar la luna hermosa.

¡Todo mudará!...,—y el tiempo  
seguirá su marcha sorda...  
Pasarán días tras días,  
cual pasan olas tras olas...

De la vida el crudo invierno  
vendrá con la edad traidora,  
y morirán en el alma  
bienes, cuitas y zozobras...—

Y, aún entonces, como estrellas  
de un cielo de ardor y gloria,  
relucirán en mi mente  
las horas de ayer dichosas...

¡Aún fijos tendré y clavados  
en el alma y la memoria  
tus ojos negros y ardientes  
como una cita en la sombra!

---

## VII

## RESENTIMIENTOS

¡Adiós! ¡Hasta el Otoño, prenda mía!  
Adiós..., hasta que yerta  
quede y sin hojas la alameda umbría...  
¡Adiós!... Cuando, en las noches del Estío,  
blanca la luna como virgen muerta  
cruce del cielo el ámbito vacío,  
cuéntale tus recuerdos de ventura,  
¡y encontrará tu pensamiento al mío  
en la extensión de la celeste altura!

---

¡Adiós..., que acaba ya la Primavera  
y me llama la voz del Oceano!—  
Tu mirada de amor... ¡es la postrera!  
—No lo jures... ¡Fuera en vano!—  
¡Cuando regrese á esta feraz pradera,  
no hallaré ni una flor..., ¡ni una siquiera!—  
¡Todas cruel las secará el Verano!

## VII

## DESPEDIDA

¡Todo pasó! Ya los campos  
se tornan amarillentos:  
el cielo entoldan las nubes...  
¡Cuán triste será el Invierno!

---

El bosque perdió sus hojas,  
 como el alma sus ensueños...  
 Es la tarde: el sol se oculta...  
 ¡Su *adiós* nos anuncia el nuestro!

¡Flérida! El último día  
 de amor y ventura ha muerto...  
 —Así murió la esperanza...  
 Así morirá el recuerdo.

## IX

## ADIÓS AL CAMPO

Los pájaros del bosque  
 tocan *diana*,  
 y, al eco de sus cantos,  
 despierta el alba...  
 ¡Pobre alma mía!,  
 deja también tus locos  
 sueños de dicha.

Con su luz implacable  
 la nueva aurora  
 borra tu última noche  
 de amor y gloria...  
 ¡Alza! ¡Despierta!  
 Llegó de la partida  
 la hora funesta.—

Dadme mi viejo báculo  
 de peregrino,

que los días de gracia  
 ya han transcurrido...  
 ¡Cuán breves fueron!  
 ¡Qué despertar tan triste!  
 ¡Qué hermoso sueño!—

Adiós, verde montaña,  
 claro horizonte,  
 solitaria campiña,  
 fragante bosque...  
 ¡Rocas agrestes,  
 pájaros y arroyuelos,  
 adiós por siempre!

Cuando la nueva luna  
 venga á este valle,  
 no me hallará escondido  
 bajo los árboles,  
 ni allí en silencio  
 mitigará mi cuita  
 con dulces besos.

Viajeros solitarios  
 somos, ¡oh luna!,  
 yo en la escabrosa tierra,  
 tú en esa altura.  
 Lejos y á solas,  
 aún podremos amarnos  
 con la memoria.

Y cante eternamente  
 nuestros amores  
 el río sonoro  
 rey de estos montes,

dios de estos árboles,  
sultán de las praderas,  
alma del valle.—

Mas ¡ay!, que todo pasa,  
y es nuestra vida  
fugaz y transitoria  
como la brisa,  
como las nubes,  
como esas transparentes  
ondas azules.

Y atravesando el tiempo  
van nuestros días,  
como cruzan los mares  
las golondrinas,  
que un nido dejan,  
y otro nido demandan  
á extraña tierra.—

¡Ay del hogar paterno  
que abandonara!  
¡Ay del hogar que sueñan  
mis esperanzas!  
¡Vanos delirios!  
¡Cuna y tumba se llaman  
esos dos nidos!

Pero no te acongojes,  
mi pobre vida,  
y al borde de la muerte  
duerme tranquila;

duérmete y sueña;  
que el amor es el sueño  
de la existencia.—

.....  
Ya brilla el sol...—¡Ay, mísero!  
Llegó el momento...—  
Á dar el «adiós» último  
voy á los ecos.—  
¡Ecos del monte,  
guardad en vuestras grutas  
su dulce nombre!

De mi boca aprendisteis  
á pronunciarlo,  
y, cual yo, lo cantabais  
enamorados...—  
¡Ecos dormidos,  
adiós!... ¡Poblad el aire  
con mis suspiros!

POR VÍA DE EPITALAMIO

---

(UN AÑO DESPUÉS)

Por un puñado de oro...,  
como á vil esclavo un moro,  
cual Judas al Redentor...,  
¡oh tú, la sola que adoro,  
me has vendido y á mi amor!

---

Mi amor y yo—no lo niegues—  
éramos tuyos... Mas *él*  
hará que en oro te anegues  
con tal de que nos entregues...,  
—¡y nos entregas, infiel!

---

¡Por tan mezquino tesoro  
nos das á mi amor y á mí...  
—¡á mí, que tanto te adoro,  
que todo un mundo de oro  
hubiera dado por ti!—

---

¡Quiera Dios que rica seas  
cual no fué ningún mortal...;  
que *oro* por doquiera veas...,  
y todo lo que poseas  
se trueque en áureo metal!

---

Y que yo arrastre una vida  
miserable y escondida;  
que de hambre y dolor suspire...  
¡y que, en todo lo que mire,  
tu imagen halle esculpida!

---

Que el pan que de puerta en puerta  
logre tras ruegos prolijos,  
en tu sombra se convierta...,  
y, en cambio, tengan tus hijos  
de *oro* el alma...—¡dura y yerta!

---

Que si algún día los ves  
reverentes á tus pies,  
comprendas en el momento,  
que los llevó el fingimiento  
en alas del interés...

---

Y que, por verlos amantes,  
de perlas y de brillantes  
les den tus manos un río...  
¡y no resulten bastantes  
para vencer su desvío!

---

Que entonces logres llorar,  
y no acudan á tu lloro...,  
¡y suspires al mirar  
que son, para tu pesar,  
insensibles como el oro!

---

Que, cuanto más tú los quieras,  
menos hagan por pagarte,  
y, en tus horas postrimeras,  
pidan á Dios que te mueras,  
impacientes de heredarte.

---

Y que, al mirarlos así,  
pienses entonces en mí,  
que de balde te quería...,  
y oigas decir: «*Todavía,  
todavía piensa en ti!*»

---

## EN LA ORGÍA

---

(IMPROVISACIÓN)

¡Dadme vino! ¡Dadme sueño!  
¡Dadme muerte! ¡Dadme olvido!  
¡Cese ya este loco empeño  
en que el hombre nunca es dueño  
del *presente* apetecido!

¡Ó dadme vida mejor,  
en que, clavada la rueda  
del tiempo devastador,  
gozar sin recelo pueda  
eternidades de amor!

¡Dadme esa vida que veo  
al través de aquesta vida!...  
¡Dadme esa vida en que creo...,  
esa vida que deseo  
como una Gloria perdida!

¡Dadme la vida inmortal!...—  
y, si esto es mucho pedir,  
prosiga la bacanal...  
y en este frágil cristal  
escanciadme el porvenir!

---



## ADIÓS AL VINO

---

¡No más, no más en piélagos de vino  
sepultaré, insensato, mis dolores,  
velando con quiméricos vapores  
de la razón el resplandor divino!

¡No más, hurtando el rostro á mi destino,  
pediré á la locura sus favores,  
ni, ceñido de pámpanos y flores,  
dormiré de la muerte en el camino!

Arrepentido estoy de haber hollado,  
vate indigno, con planta entorpecida,  
el laurel inmortal y el áurea ropa...

¡Néctar fatal, licor envenenado,  
acepta, al recibir mi despedida,  
el brindis postrimer...—¡Llenad mi copa!

---

## EL VIERNES SANTO

---

Solo, negado, escarnecido, muerto,  
enclavado en la Cruz, ¡oh Jesús mío!,  
la frente inclinas sobre el mundo impío,  
en la cumbre de Gólgatha desierto.

Ebrio, entretanto, y de baldón cubierto,  
el mortal, en su infame desvarío,  
adora una beldad de aliento frío,  
pálida y mustia cual cadáver yerto.

¡Perdónalo, Señor! Que si en tal hora  
la majestad de tu dolor ultraja  
é ingrato y loco tu Pasión olvida,

su espíritu inmortal se agita y llora  
por sacudir del cuerpo la mortaja...,  
y vive en él como enterrado en vida!

---

## DIOS

---

¡Dios de los mundos!, ¿cómo no cantarte,  
si llena está mi alma de tu nombre?—  
¡Dios de la eternidad!, ¿cómo nombrarte,  
cómo cantar tu gloria podrá el hombre?

¡Oh sumo Dios! El alma que me diste,  
ni callar, ni cantar tu nombre osa...  
¡Sólo sabe ofrecerte el llanto triste  
que de este pobre corazón rebosa!

¡Llanto de amor, que en su amargura encierra  
á la vez la desdicha y el consuelo!  
¡Inmenso amor, sin Término en la tierra,  
que, ansioso de su Bien, aspira al cielo!

---

## Á PETRA

DE NUEVE AÑOS

---

Niña: mi fiera amargura  
no mate tus ilusiones  
en el bien y en la ventura;  
pues siempre habrá corazones  
ricos de amor y ternura.

Que es inmortal la inocencia,  
y tiene su Abril cada año,  
y no se compra la ciencia,  
ni se enseña la experiencia,  
ni se hereda el desengaño.

El sol, que hoy en Occidente  
su sien fatigada hunde,  
mañana vuelve al Oriente;  
y desde allí alegremente  
vida y juventud difunde.

Y, por más que un triste muera  
desengañado de amores,  
tendrá cada primavera  
tantos pájaros y flores  
como tuvo la primera.

---

## DEVOLVIÉNDOLE SU ÁLBUM

SIN HABER ESCRITO EN ÉL.

---

¿Me pones en las manos la dorada  
cítara del amor, mujer impía!  
¿Por qué, por qué de un alma desgarrada  
buscas la postrimera melodía?

¿Por qué anhelas oír *lo que no ignoras*,  
si yo no te pregunto *lo que sé*?  
¿Por qué la herida hurgar que á todas horas  
mana sangre... y que siempre te oculté?

¡Sí, pérfida..., te adoro todavía,  
y tú misma..., tú misma sofocar  
no has podido el incendio que algún día  
no supiste en tus lágrimas ahogar.

¡Sí, nos amamos...; que tu acción infame  
matar pudo la dicha, no el amor;  
y, aunque necio rival suya te llame,  
tú no eres más que mía y del dolor.

Deja, pues, deja al corazón herido  
que á solas viva con su bien soñado...  
¡Así jamás lo llorará perdido,  
si bien jamás lo gozará logrado!

---

## Á LA BANDERA

DEL BATALLÓN DE CIUDAD-RODRIGO <sup>1</sup>

---

¡Sombra y honor bajo tus pliegues dame,  
noble enseña de Cristo y de Castilla!  
Tu ley, que juro, hincada la rodilla,  
en generoso ardor mi pecho inflame.

No más estérilmente se derrame  
mi vida en torpe amor y vil mancilla...  
¡Roja está de la patria la mejilla!...  
¡Despierte el corazón de su ocio infame!

De un naufragio entre lágrimas y errores  
salva mi fe, que combatida muere  
por enemigo viento y mar contrario...

Sé tú el manto que envuelva mis dolores,  
mi tienda en el desierto; y si cayere  
en la revuelta lid..., ¡sé mi sudario!

MÁLAGA, 1859.

<sup>1</sup> El autor escribió este soneto cuando sentó plaza de soldado voluntario de la Guerra de África.